

Edward Snowden

Vigilancia permanente

Traducción de Esther Cruz Santaella

 Planeta

PREFACIO

Me llamo Edward Joseph Snowden. Antes trabajaba para el Gobierno, pero ahora trabajo para el pueblo. Tardé casi treinta años en reconocer que había una diferencia, y cuando lo hice, me metí en algún que otro problemilla en la oficina. Como resultado, ahora dedico mi tiempo a intentar proteger a la ciudadanía de la persona que yo era antes: un espía de la CIA (Central Intelligence Agency o Agencia Central de Inteligencia) y la NSA (National Security Agency o Agencia de Seguridad Nacional) de Estados Unidos, otro joven tecnólogo más dedicado a construir lo que estaba seguro de que sería un mundo mejor.

Mi trayectoria en la IC (Intelligence Community o Comunidad de Inteligencia) estadounidense duró un breve periodo de siete años. Me sorprende darme cuenta de que eso es solo un año más del tiempo que ha transcurrido desde que me exilié a un país que no fue el que elegí. No obstante, durante ese periodo de siete años, participé en el cambio más significativo de la historia del espionaje estadounidense: el paso de la vigilancia selectiva de individuos a la vigilancia masiva de poblaciones enteras. Ayudé a hacer tecnológicamente posible que un solo Gobierno recopilase todas las comunicaciones digitales del

mundo, las almacenase durante años y las explorase a voluntad.

Después del 11 de septiembre, la IC quedó sumida en la culpa por no haber protegido Estados Unidos, por haber permitido que, estando ellos de guardia, se produjese el ataque más devastador y destructivo contra el país desde Pearl Harbor. Como respuesta, sus dirigentes buscaron construir un sistema que evitase que los volvieran a pillar alguna vez con esa guardia bajada. Los cimientos de dicho sistema se iban a levantar sobre la tecnología, algo por completo ajeno a su ejército de comandantes de las ciencias políticas y maestros de la administración empresarial. Las puertas de las agencias de inteligencia más secretas se abrieron de par en par a jóvenes tecnólogos como yo. Y así, los frikis de la informática heredaron la tierra.

Si de algo sabía yo por entonces era de ordenadores, por lo que ascendí muy rápido. Con veintidós años, la NSA me concedió mi primera habilitación de seguridad de grado secreto para un puesto en la escala más baja del organigrama. Menos de un año después, estaba en la CIA como ingeniero de sistemas, con amplio acceso a algunas de las redes más confidenciales del planeta. La única supervisión adulta que tenía era la de un tipo que se pasaba sus turnos de trabajo leyendo libros policíacos y de espionaje de Robert Ludlum y Tom Clancy. En su búsqueda de talentos técnicos, las agencias quebrantaron todas las normas de contratación que tenían. En situaciones normales nunca habrían elegido a alguien que no hubiese tenido un título de grado, y luego, uno de grado superior al menos. Yo no tenía ni una cosa ni la otra. Con todas las de la ley, no me deberían haber dejado ni entrar en el edificio.

Entre 2007 y 2009, estuve destinado en la Embajada de

Estados Unidos en Ginebra como uno de los pocos tecnólogos desplegados bajo protección diplomática, con la tarea de integrar a la CIA en el futuro conectando sus bases europeas a internet, y digitalizando y automatizando la red que usaba el Gobierno estadounidense para espiar. Mi generación hizo más que rediseñar el trabajo de inteligencia: redefinimos por completo lo que era la inteligencia. Lo nuestro no eran las reuniones clandestinas o los puntos de entrega, sino los datos.

Con veintiséis años, pese a que de nombre era empleado de Dell, estaba trabajando de nuevo para la NSA. La contratación externa se había convertido en mi tapadera, como ocurría con casi todos los espías con dotes tecnológicas de mi cohorte. Me mandaron a Japón, donde ayudé a diseñar lo que terminaría siendo la copia de seguridad global de la agencia: una masiva red oculta que garantizaba que, aunque la sede central de la NSA quedase reducida a cenizas en una explosión nuclear, no se perdería ni un solo dato. Por entonces, no me di cuenta de que diseñar un sistema que conservara un expediente permanente de las vidas de todo el mundo era un trágico error.

Regresé a Estados Unidos con veintiocho años, y me dieron un ascenso estratosférico al equipo de enlace técnico que gestionaba la relación de Dell con la CIA. Mi trabajo era sentarme con los directores de las divisiones técnicas de la CIA para diseñar y vender soluciones a cualquier problema que se les pudiese ocurrir. Mi equipo ayudó a la agencia a construir un nuevo tipo de arquitectura informática: una «nube», la primera tecnología que permitía a cualquier agente, independientemente de su ubicación física, acceder a los datos que necesitase y hacer búsquedas en ellos, estuviese a la distancia que estuviese.

En resumen, un puesto de trabajo destinado a gestionar y conectar el flujo de información de inteligencia dio paso a otro centrado en averiguar cómo almacenar dicha información para siempre, y que a su vez dio paso a un trabajo destinado a garantizar el acceso y las búsquedas a escala universal de esa información. Vi con absoluta claridad estos proyectos estando en Hawái, donde me mudé con un nuevo contrato con la NSA a la edad de veintinueve años. Hasta entonces, había trabajado bajo la doctrina de la «necesidad de conocer», incapaz de entender la finalidad acumulativa que se escondía detrás de mis tareas, especializadas y compartimentadas. Fue en el paraíso donde por fin estuve en posición de ver cómo encajaba todo mi trabajo, cómo se ajustaba igual que el engranaje de una máquina gigantesca para formar un sistema de vigilancia masiva global.

En las profundidades de un túnel bajo un campo de piñas (una antigua fábrica de aviones subterránea de la época de Pearl Harbour), me sentaba ante un terminal desde el que tenía acceso casi ilimitado a las comunicaciones de casi todos los hombres, mujeres y niños de la tierra que alguna vez hubiesen marcado un número de teléfono o tocado un ordenador. Entre esas personas había unos trescientos veinte millones de compatriotas estadounidenses, que en el transcurso normal de sus vidas diarias estaban siendo vigilados en una crasa infracción no solo de la Constitución de Estados Unidos, sino también de los valores básicos de cualquier sociedad libre.

El motivo de que estéis leyendo este libro es que hice algo peligroso para un hombre de mi posición: decidí contar la verdad. Recopilé documentos de la IC que demostraban la actividad ilegal del Gobierno estadounidense y se los

entregué a algunos periodistas, que los analizaron y los hicieron públicos ante un mundo escandalizado.

Este libro trata sobre lo que me llevó a tomar esa decisión, sobre los principios morales y éticos que le dieron forma y cómo nacieron estos, por lo que también es un libro sobre mi vida.

¿Qué es lo que conforma una vida? Más de lo que decimos, más incluso de lo que hacemos. Una vida es también lo que amamos y aquello en lo que creemos. Para mí, lo que amo es la conexión, y es eso en lo que más creo: la conexión humana y las tecnologías con las que se alcanza. Entre esas tecnologías se encuentran los libros, claro, aunque para mi generación, la conexión en gran medida ha sido sinónimo de internet.

Antes de que echéis a correr, conscientes de la locura tóxica que infecta ese avispero digital en nuestros tiempos, os pido que entendáis que, para mí, cuando lo conocí, internet era algo muy distinto. Era un amigo, y un padre. Era una comunidad sin barreras ni límites, una voz y millones de voces, una frontera común que habían colonizado —pero no explotado— tribus diversas que vivían bastante amistosamente unas junto a otras, y cuyos miembros, todos, eran libres de elegir su nombre, su historia y sus costumbres. Todo el mundo llevaba máscara, y aun así esa cultura de «anonimia por polinomia» generaba más verdad que falsedad, porque era algo creativo y cooperativo, más que comercial y competitivo. Había conflictos, por supuesto, pero pesaban más la buena voluntad y los buenos sentimientos: el auténtico espíritu pionero.

Comprenderéis entonces que diga que el internet de hoy es irreconocible. Cabe señalar que ese cambio ha sido una elección consciente, el resultado de un esfuerzo siste-

mático por parte de unos pocos privilegiados. Las prisas prematuras por convertir el comercio en comercio electrónico condujeron rápidamente a una burbuja, y a continuación, nada más entrar el nuevo milenio, a un colapso. Después de eso, las empresas se dieron cuenta de que la gente que accedía a internet estaba menos interesada en gastar que en compartir, y de que la conexión humana que internet hacía posible podía monetizarse. Si lo que la gente quería hacer *online* era principalmente contarles a familiares, amigos y ajenos lo que estaba haciendo, y enterarse de lo que familiares, amigos y ajenos estaban haciendo a su vez, lo único que tenían que hacer las empresas era averiguar cómo meterse en mitad de esos intercambios sociales y convertirlos en beneficios.

Ese fue el inicio del capitalismo de vigilancia, y el final de internet tal y como yo lo conocía.

Lo que colapsó entonces fue la red creativa, ya que se cerraron un sinnúmero de sitios web preciosos, complicados, individualistas. La promesa de la comodidad llevó a la gente a sustituir sus sitios web personales —que exigían un mantenimiento constante y laborioso— por una página de Facebook y una cuenta de Gmail. La apariencia de propiedad era fácil de confundir con la realidad de ostentar esa propiedad. Pocos de nosotros lo comprendimos en su momento, pero ninguna de las cosas que íbamos a compartir nos pertenecería nunca más. Los sucesores de las empresas de comercio electrónico que habían fracasado por no saber encontrar algo que nos interesara comprar se toparon con un producto nuevo que vender.

Ese producto nuevo éramos nosotros.

Nuestra atención, nuestras actividades, nuestra ubicación, nuestros deseos... Todo lo que revelásemos sobre no-

sotros mismos, conscientes o no de estar haciéndolo, se vigilaba y se vendía en secreto, en un intento por retrasar la inevitable sensación de intromisión que está surgiendo ahora en la mayoría de nosotros. Además, dicha vigilancia iba a seguir fomentándose activamente, e incluso a financiarse, a cargo de un ejército de Gobiernos ávidos de obtener ese enorme volumen de información de inteligencia que se presentaba ante ellos. A principios del nuevo milenio, no se encriptaba casi ninguna comunicación *online*, a excepción de inicios de sesión y transacciones financieras, lo que significaba que en muchos casos los Gobiernos ni siquiera tenían que molestarse en consultar a las empresas para saber lo que sus clientes estaban haciendo. Simplemente, podían espiar al mundo sin decírselo a nadie.

El Gobierno estadounidense, en total desacato de su acta de fundación, cayó víctima de esa tentación, y en cuanto probó el fruto del árbol venenoso empezó a sufrir una fiebre implacable. En secreto, asumió el poder de la vigilancia masiva, una autoridad que, por definición, aflige mucho más al inocente que al culpable.

Cuando entendí en mayor profundidad esa vigilancia y los daños que conllevaba, me obsesioné ante la certeza de que nosotros, el pueblo —y no solo el de un país, sino el de todo el mundo—, nunca habíamos tenido voto para expresar nuestra opinión en este proceso, y ni siquiera nos habían dado oportunidad de tener voz. El sistema de vigilancia casi universal se había establecido no solo sin nuestro consentimiento, sino también de un modo que ocultaba deliberadamente a nuestro conocimiento todos los aspectos de sus programas. En todos y cada uno de los pasos, los procesos de cambio y sus consecuencias se ocultaron a todo el mundo, incluso a la mayoría de los legisladores. ¿A quién

podría recurrir? ¿Con quién podría hablar? Tan solo susurrar la verdad, incluso a un abogado, a un juez o ante el Congreso, se había convertido en un delito tan grave que una somera descripción de los hechos, a muy grandes rasgos, supondría una condena a cadena perpetua en una cárcel federal.

Me sentía perdido y me hundí anímicamente en la miseria mientras luchaba con mi conciencia. Quiero a mi país y creo en el servicio público. Toda mi familia, mi linaje familiar a lo largo de siglos, está llena de hombres y mujeres que han dedicado la vida a servir a este país y a sus ciudadanos. Yo mismo había prestado juramento de servir no a una agencia, ni siquiera a un Gobierno, sino al pueblo, en apoyo y defensa de la Constitución, cuya garantía de las libertades civiles se había violado de forma tan flagrante. A esas alturas, había hecho más que formar parte de esa violación: era cómplice de ella. Todo mi trabajo, durante tantos años... ¿Para quién había estado trabajando? ¿Cómo podía encontrar un equilibrio entre mi contrato de confidencialidad con las agencias que me tuvieron empleado y el juramento que había hecho ante los principios fundacionales de mi país? ¿A quién, o a qué, le debía la mayor lealtad? ¿Hasta qué punto estaba moralmente obligado a quebrantar la ley?

Reflexionar sobre esos principios me dio las respuestas que necesitaba. Entendí que dar un paso al frente y develar a los periodistas la dimensión de los abusos de mi país no suponía defender ninguna postura radical, como la destrucción del Gobierno, o ni siquiera el desmantelamiento de la IC. Por el contrario, sería una vuelta a los ideales del Gobierno y de la IC, promulgados por ellos mismos.

La libertad de un país solo puede calibrarse según el respeto que tiene por los derechos de sus ciudadanos, y es-

toy convencido de que esos derechos son en realidad limitaciones del poder estatal que definen exactamente dónde y cuándo un gobierno no debe invadir el terreno de libertades personales o individuales, que durante la revolución estadounidense se denominó «libertad» y en la revolución de internet se llama «privacidad».

Han pasado seis años desde que di un paso al frente porque fui testigo de un declive por parte de los llamados «Gobiernos avanzados» de todo el mundo en su compromiso de proteger dicha privacidad, que considero —al igual que Naciones Unidas— un derecho humano fundamental. En el transcurso de estos años, sin embargo, ese declive no ha hecho más que continuar, mientras las democracias han retrocedido hacia un populismo autoritario. En ningún punto se ha hecho tan evidente dicho retroceso como en la relación de los Gobiernos con la prensa.

Los intentos de funcionarios electos por deslegitimar el periodismo han contado con la ayuda y la complicidad de un asalto frontal contra el principio de la verdad. Lo real se combina intencionadamente con lo falso, mediante tecnologías capaces de hacer mutar esa combinación en una confusión global sin precedentes.

Conozco este proceso desde dentro bastante bien, porque la creación de la irrealdad siempre ha sido el arte más oscuro de la Comunidad de Inteligencia. Las mismas agencias que, tan solo en el breve transcurso de mi carrera, habían manipulado la información de inteligencia para crear un pretexto para la guerra (y habían utilizado políticas ilegales y a un oscuro poder judicial para validar el secuestro como «rendiciones extraordinarias», la tortura como «interrogatorios avanzados» y la vigilancia masiva como «recopilación indiscriminada» de datos) no dudaron ni un mo-

mento en calificarme de doble agente de China, triple agente de Rusia y algo peor: milenial.

Tuvieron la posibilidad de decir tantas cosas, y con tanta libertad, en gran medida porque yo me negué a defenderme. Desde que di ese paso adelante hasta ahora, he mantenido en todo momento la firme determinación de no revelar nunca ningún detalle de mi vida personal que pudiera provocar más angustia a mi familia y amigos, que ya estaban sufriendo lo suficiente a causa de mis principios.

Fue esa preocupación por no aumentar el sufrimiento lo que me hizo dudar sobre escribir este libro. En última instancia, la decisión de presentarme al público con evidencias de los delitos del Gobierno me resultó más fácil de tomar que la decisión, esta, de ofrecer un relato de mi vida. Los abusos que presencié exigían actuar, pero nadie escribe unas memorias porque sea incapaz de resistir a los dictados de su conciencia. Por este motivo he procurado buscar el permiso de todos los miembros de mi familia, mis amigos y los colegas que aparecen mencionados en estas páginas, o que puedan identificarse públicamente de algún otro modo.

Al igual que me niego a presumir de ser el árbitro único de la privacidad ajena, nunca he pensado que yo solo deba ser capaz de elegir cuáles de los secretos de mi país han de hacerse públicos y cuáles no. Por eso revelé los documentos del Gobierno únicamente a periodistas. A decir verdad, el número de documentos que desvelé directamente al público es igual a cero.

Creo —igual que lo creen esos periodistas— que un gobierno puede mantener oculta cierta información. Incluso la democracia más transparente del mundo debe tener permitido clasificar, por ejemplo, la identidad de sus agentes

secretos o los movimientos de sus tropas sobre el campo de batalla. Este libro no incluye ningún secreto de ese calibre.

Ofrecer un relato de mi vida y, al mismo tiempo, proteger la privacidad de mis seres queridos, sin con ello exponer secretos gubernamentales legítimos, no es una tarea nada sencilla, pero es mi tarea. A mitad de camino entre estas dos responsabilidades: ahí es donde me encuentro.

PRIMERA PARTE

—

MIRAR POR LA VENTANA

Lo primero que hackeé en mi vida fue la hora de acostarme.

Me parecía injusto que mis padres me obligasen a irme a la cama, y encima antes que ellos, antes que mi hermana, y cuando ni siquiera estaba cansado. Fue la primera pequeña injusticia que viví.

Muchas de las aproximadamente dos mil noches del principio de mi vida acabaron en desobediencia civil: llantos, ruegos, regateos... Hasta que la noche número 2.193, la noche en la que cumplía seis años, descubrí la acción directa. A las autoridades no les interesaban los llamamientos reformistas y yo no había nacido ayer. Acababa de pasar uno de los mejores días de mi joven vida, con amigos, una fiesta e incluso regalos, y no iba a dejar que terminase sin más solo porque el resto de la gente tuviera que volver a casa. Así que, a escondidas, me puse a atrasar todos los relojes de la casa unas cuantas horas; el reloj del microondas me costó menos que el del horno, aunque solo fuese porque llegaba mejor a él.

Al no darse cuenta ninguna de las autoridades —en su ilimitada ignorancia—, me sentí henchido de poder y me puse a dar carreras por el salón. A mí, el maestro del tiempo, nadie volvería a mandarme a la cama. Era libre. Y así fue

como caí dormido al suelo, después de haber visto por fin el anochecer del 21 de junio, el solsticio de verano, el día más largo del año. Cuando me desperté, los relojes de la casa marcaban de nuevo la misma hora que el reloj de mi padre.

Si alguien se molestase hoy en poner un reloj en hora, ¿cómo sabría qué usar de referencia? Quien sea como la mayoría de la gente de hoy día tomará de referencia la hora de su *smartphone*. Sin embargo, si miramos nuestro móvil, y me refiero a mirarlo bien, a escarbar por todos los menús hasta llegar a los ajustes, terminaremos viendo que la hora del teléfono está configurada en «ajuste automático». A cada tanto, nuestros móviles, sin avisar —en silencio absoluto—, le preguntan a la red de nuestro proveedor de servicios: «Perdona, ¿tienes hora?». Esa red, a su vez, se lo pregunta a una red mayor, que le pregunta a otra aún mayor y así sucesivamente, pasando por una larguísima serie de torres y cables, hasta que la consulta llega a uno de los auténticos maestros del tiempo: un servidor de tiempo de red ejecutado o referenciado según los relojes atómicos que se mantienen en sitios como el National Institute of Standards and Technology de Estados Unidos, el Bundesamt für Meteorologie und Klimatologie de Suiza o el National Institute of Information and Communications Technology de Japón. Ese largo viaje invisible, que se completa en una fracción de segundo, es el motivo de que no veamos un 12.00 parpadeando en la pantalla del móvil cuando lo encendemos después de que se haya quedado sin batería.

Yo nací en 1983, cuando se acabó el mundo en el que la gente ponía la hora por sí sola. Ese año, el Ministerio de

Defensa de Estados Unidos partió por la mitad su sistema interno de ordenadores interconectados; de ahí surgió una red llamada MILNET, que era la que iba a usar el personal de defensa, y otra red para el gran público, a la que llamaron internet. Antes de que acabase el año, existían normas nuevas que definían los límites de dicho espacio virtual; eso dio lugar al DNS (Domain Name System o sistema de nombres de dominio) que seguimos utilizando todavía hoy (los .gov, .mil, .edu y, por supuesto, .com) y a los códigos de países asignados al resto del mundo: .uk, .de, .fr, .cn, .ru, etcétera. Mi país (y yo con él) ya había cogido la delantera, contaba con ventaja. Yaun así, tendrían que pasar otros seis años hasta que se inventara la World Wide Web, y unos nueve años hasta que mi familia tuviese un ordenador con un módem para conectarse a ella.

Por supuesto, internet no es una sola entidad, aunque a menudo nos refiramos a él como si lo fuera. La realidad técnica es que todos los días nacen redes nuevas en el cúmulo global de redes de comunicaciones interconectadas que solemos usar (unos tres mil millones de personas, o más o menos el 42 por ciento de la población mundial). Pese a ello, voy a utilizar el término en su sentido más amplio para referirme a la red de redes universal que conecta la mayoría de los ordenadores del mundo entre sí mediante una serie de los protocolos compartidos.

Si a alguien le preocupa no saber distinguir un protocolo de un boquete en la pared, no pasa nada, porque todos hemos utilizado muchos. Los protocolos son como los idiomas de las máquinas: las normas comunes que siguen para entenderse entre ellas. Quien sea más o menos de mi edad quizá recuerde haber tenido que escribir «http» al principio de la dirección de un sitio web en la barra de direccio-

nes del navegador. Ese código son las siglas en inglés del protocolo de transferencia de hipertexto, el lenguaje que utilizamos para acceder a la World Wide Web, es decir, la gigantesca colección de sitios, en su mayoría basados en texto, pero que también admiten audio y vídeo, como Google, YouTube o Facebook. Cuando consultamos el correo electrónico, usamos lenguajes como el IMAP (Internet Message Access Protocol o protocolo de acceso a mensajes de internet), el SMTP (Simple Mail Transfer Protocol o protocolo simple de transferencia de correo) o el POP3 (Post Office Protocol o protocolo de oficina de correos). Con respecto al procedimiento para fijar la hora en el móvil que he mencionado antes, estas actualizaciones se obtienen mediante el NTP (Network Time Protocol o protocolo de tiempo de redes).

Todos estos protocolos se conocen como protocolos de aplicación y forman solo una familia de protocolos del sinfín que existe *online*. Por ejemplo, para que los datos de cualquiera de esos protocolos de aplicación crucen internet y lleguen a nuestro ordenador de mesa, portátil o móvil, primero tienen que empaquetarse en un protocolo de transporte dedicado (como cuando el lentísimo servicio postal convencional prefiere que enviemos las cartas y paquetes en los sobres y cajas de tamaño estándar que tienen ellos). El TCP (Transmission Control Protocol o protocolo de control de transmisión) se utiliza para redirigir páginas web y correos electrónicos, entre otras aplicaciones. El UDP (User Datagram Protocol o protocolo de datagramas de usuario) se usa más para redirigir aplicaciones que funcionan en tiempo real y dependen de limitaciones temporales, como la telefonía por internet o las emisiones en directo.

Cualquier relato sobre el funcionamiento multicapa de

lo que en mi infancia se llamaba «ciberespacio», la red, la Infobahn o la autopista de la información está destinado a quedar incompleto, pero la moraleja es la siguiente: esos protocolos nos han dado los medios para digitalizar y poner *online* absolutamente todo lo que existe en el mundo y que no nos comemos, nos bebemos, llevamos puesto o usamos de residencia. Internet se ha convertido en algo casi tan esencial para nuestras vidas como el aire por el que viajan tantas de sus comunicaciones. Además, tal y como se nos recuerda a todos (cuando la actividad de nuestras redes sociales nos avisa de una publicación que nos etiqueta en una situación comprometedor), digitalizar algo supone registrarlo, en un formato que va a durar para siempre.

Lo que me llama la atención cuando pienso en mi infancia, sobre todo en esos primeros nueve años sin internet, es lo siguiente: no recuerdo todo lo que ocurrió entonces, porque solo puedo basarme en mi memoria. Los datos simplemente no están. Cuando era niño, «la experiencia inolvidable» no era todavía una descripción tecnológica amenazadoramente literal, sino una apasionada fórmula metafórica con gran importancia: mis primeras palabras, mis primeros pasos, mi primer diente caído, mi primer paseo en bici...

Mi generación fue la última en la historia de Estados Unidos, y quizá del mundo, para la que eso fue una realidad: la última generación sin digitalizar, cuyas infancias no están subidas a la nube, sino en su mayoría atrapadas en formatos analógicos como diarios escritos a mano, Polaroids o cintas VHS, objetos tangibles e imperfectos que se degradan con el tiempo y pueden perderse sin remedio. Los deberes del colegio los hacía en papel, con lápices y gomas, no en tabletas conectadas en red que registraban mis pulsa-

ciones en el teclado. El seguimiento de mis estirones no se hacía con tecnologías de hogares inteligentes, sino que se marcaban con una navaja en la pared del marco de la puerta de la casa en la que me crie.

Vivíamos en una casa grande y antigua de ladrillo rojo, en un trocito de césped a la sombra de unos cornejos, salpicado en verano por flores de magnolias blancas que servían de cubierta a los soldaditos de plástico con los que solía arrastrarme por él. La casa tenía un diseño atípico: la entrada principal estaba en la primera planta, a la que se accedía por una enorme escalera de ladrillo. Esa planta era el espacio de residencia principal, con la cocina, el salón comedor y los dormitorios.

Sobre esa planta principal había un desván polvoriento, lleno de telarañas y olvidado, usado como trastero y rondado por lo que mi madre prometía que eran ardillas, aunque mi padre insistía en que eran hombres lobo vampiros que devorarían a cualquier niño lo bastante tonto para aventurarse a subir allí. Bajo la planta principal había un sótano más o menos acabado, algo raro en Carolina del Norte, sobre todo estando tan cerca de la costa como nuestra casa. Los sótanos suelen inundarse; el nuestro, desde luego, estaba siempre húmedo, pese al constante funcionamiento del deshumidificador y de la bomba de sumidero.

Cuando mi familia se mudó a esa casa, hicieron una ampliación en la parte de atrás de la planta principal, que dividieron para poner una habitación para la colada, un baño, mi dormitorio y una sala de estar con una televisión y un sofá. Desde mi dormitorio veía la sala de estar por una ventana abierta en lo que originalmente había sido el muro

exterior de la casa. Esa ventana, que en otros tiempos había dado hacia fuera, miraba entonces hacia dentro.

Casi todo el tiempo que mi familia pasó en esa casa de Elizabeth City, aquel dormitorio fue mío, y su ventana, también. La cortina que tapaba la ventana daba poca (o ninguna) privacidad. Desde que alcanzo a recordar, mi actividad favorita consistía en apartar la cortina y asomarme por la ventana para observar la sala de estar. Es decir: desde que alcanzo a recordar, mi actividad favorita consistía en espiar.

Espiaba a mi hermana mayor, Jessica, que tenía permitido quedarse despierta hasta más tarde que yo y ver los dibujos animados para los que yo era demasiado pequeño todavía. Espiaba a mi madre, Wendy, que se sentaba en el sofá a doblar la ropa limpia mientras veía el informativo de la noche. Aunque la persona a la que más espiaba era a mi padre, Lon (o Lonnie, según su apelativo sureño), que se apropiaba de aquella sala hasta las tantas de la madrugada.

Mi padre pertenecía a la Guardia Costera, aunque por entonces yo no tenía ni idea de lo que eso quería decir. Sabía que a veces vestía de uniforme y otras veces, no. Se iba de casa temprano y volvía tarde, cargado a menudo de aparatos nuevos: una calculadora científica TI-30 de Texas Instruments, un cronómetro Casio con cordón, un solo altavoz para un sistema estéreo doméstico... Algunos me los enseñaba y otros los escondía. Cuesta poco imaginar cuáles despertaban más interés en mí.

El aparato que más me interesó llegó una noche, justo después de irme a dormir. Estaba acostado, a punto de quedarme frito, cuando oí los pasos de mi padre por el pasillo. Me puse de pie en la cama, aparté la cortina y observé. Mi padre llevaba en las manos una caja misteriosa, similar en tamaño a una caja de zapatos, y de ella sacó un objeto de co-

lor beis que parecía un bloque de hormigón, con unos cables largos y negros como los tentáculos de un monstruo de las profundidades marinas salido de una de mis pesadillas.

De manera pausada y metódica (algo que en parte respondía a su forma disciplinada de hacerlo todo, digna de un ingeniero, y en parte, a un intento de no hacer ruido), mi padre desenredó los cables y extendió uno por la moqueta gruesa, desde la parte trasera de la caja hasta el culo de la televisión; a continuación, enchufó el otro cable a una toma de la pared situada detrás del sofá.

De repente, la televisión se encendió, y con ella se iluminó también la cara de mi padre. Normalmente, se pasaba las noches sentado en el sofá sin más, bebiendo un refresco tras otro y viendo en la tele a gente corretear por algún campo, pero aquello era distinto. Tardé solo un momento en llegar a la conclusión más alucinante de toda mi (hasta entonces corta) vida: mi padre estaba controlando lo que pasaba en la televisión. Guau.

Acababa de toparme de cara con un Commodore 64, es decir, uno de los primeros equipos informáticos domésticos que salió al mercado.

Por supuesto, yo no tenía ni idea de lo que era un equipo informático, así que mucho menos iba a saber si lo que mi padre estaba haciendo era jugar o trabajar. Aunque lo veía sonreír y parecía estar pasárselo bien, también se concentraba en lo que ocurría en la pantalla con la misma intensidad con la que se concentraba en cualquier tarea mecánica que tuviese que hacer en casa. En mi cabeza, solo había una certeza: fuera lo que fuese lo que estaba haciendo mi padre, yo también quería hacerlo.

Después de eso, siempre que mi padre entraba en la sala de estar para usar el ladrillo beis, me ponía de pie en mi

cama, apartaba la cortina y espiaba sus aventuras. Una noche, en la pantalla apareció una bola que caía y una barra en la parte inferior; mi padre tenía que mover la barra en horizontal para darle a la bola, hacerla rebotar y derribar con ella un muro de ladrillos de colores (el Arkanoid). Otra noche, mi padre se sentó ante una pantalla con ladrillos de colores de diferentes formas; los ladrillos no dejaban de caer, y mientras tanto mi padre los movía y los giraba para ensamblarlos creando filas perfectas, que de inmediato desaparecían (el Tetris). Sin embargo, una noche, me quedé perplejo de verdad con lo que estaba haciendo mi padre (diversión o trabajo). Fue cuando me asomé por la ventana y lo vi volar.

Mi padre —que siempre me había deleitado señalándome los helicópteros reales de la base aérea de la Guardia Costera cuando volaban junto a nuestra casa— estaba pilotando su propio helicóptero justo allí, delante de mí, en nuestra sala de estar. Despegó de una base pequeña, con una banderita de Estados Unidos ondeando al viento incluida, para subir a un oscuro cielo nocturno lleno de estrellas titilantes, y entonces, de inmediato, se estrelló contra el suelo. Soltó un grito que ahogó el mío, y cuando creí que la diversión se había terminado, mi padre estaba de vuelta otra vez en la base de la banderita para despegar de nuevo.

El juego se llamaba Choplifter!, y ese signo de exclamación no formaba parte solo del nombre, sino también de la propia experiencia de jugar a él. El Choplifter! era una cosa emocionante. Veía una y otra vez cómo despegaban aquellos aparatos de nuestra sala de estar camino de sus misiones, sobre un paisaje lunar desértico y llano, disparando contra reactores y tanques enemigos, y recibiendo disparos de ellos. El helicóptero aterrizaba y despegaba constante-

mente, mientras mi padre trataba de rescatar a una multitud de gente parpadeante para ponerla a salvo. Esa fue la más temprana sensación que me llevé de mi padre: que era un héroe.

La alegría que salió del sofá la primera vez que el diminuto helicóptero tocó tierra intacto con un cargamento de personas en miniatura fue un poco más ruidosa de la cuenta. La cabeza de mi padre apareció de repente al otro lado de la ventana para comprobar si me había despertado, y me pilló mirándolo descaradamente.

Me metí de un salto en la cama, me tapé con la manta y me quedé quietísimo mientras los pasos pesados de mi padre se acercaban a mi habitación.

Golpeó la ventana con los nudillos: «Hace rato que tenías que estar dormido, enano. ¿Sigues despierto?».

Contuve el aliento.

De repente, abrió la ventana, alargó los brazos hacia mi dormitorio, me cogió (con la manta y todo) y me llevó a la sala de estar. Ocurrió tan rápido que ni siquiera toqué la moqueta con los pies.

Antes de darme cuenta, estaba sentado en el regazo de mi padre haciéndole de copiloto. Era demasiado pequeño y estaba demasiado emocionado para darme cuenta de que el *joystick* que me había dado no estaba conectado. Solo me importaba que iba volando al lado de mi padre.